Francia ***26 de noviembre***

Un llamado irresistible, parte I

Nací en Casa Blanca, Marruecos, en 1956, el mismo año en el que el país obtuvo la independencia de Francia. Nací en el seno de una familia judía ortodoxa. Mi abuelo era un hombre muy exitoso en el negocio de la exportación de especias.

Mis raíces familiares en Marruecos se remontan a hace casi quinientos años. Pero mis antepasados eran judíos sefardíes de España. Sin embargo, en 1492 la Reina de España dictaminó que los judíos debían convertirse al catolicismo o abandonar el país, dejando todas sus posesiones. La mayoría de los judíos salieron de España y se fueron a Portugal, a los Países Bajos, a Turquía, a Marruecos y a otros países del norte de África. Mis antepasados se fueron a Marruecos.

Yo tenía ocho años cuando mis padres decidieron salir de Marruecos, debido a que en ese momento era muy inseguro para los judíos vivir en un país musulmán. Todos mis familiares fueron saliendo poco a poco del país. Algunos fueron a Canadá, otros a Israel, pero mi padre prefirió emigrar a Francia.

En 1964 nos trasladamos a la ciudad de Marsella, pero allí mi padre no pudo encontrar trabajo, así que decidió ir a París, donde abrió una tienda de ropa para hombres. Él empezó vendiendo simplemente franelillas, ropa interior y calcetines; pero luego amplió su inventario, y comenzó a vender camisas y chaquetas, y finalmente trajes. El negocio marchó tan bien que abrió una segunda tienda.

LA VIDA EN VILLEJUIF

En París, los alquileres eran mucho más costosos que en Marruecos, así que nos establecimos en un suburbio llamado Villejuif, que significa "ciudad judía". Irónicamente, en el lugar no había sinagogas, ni escuelas rabínicas, ni nada que indicara que alguna vez fue un asentamiento judío.

Yo empecé a asistir a la escuela pública en Villejuif cuando tenía nueve años. A pesar de ser judía, mi vida era liberal. Cuando cumplí once años, ya podía salir cuando quería. Era libre de salir con chicas y hacer lo que quisiera. Podía organizar fiestas con música y bailes, podía ir a la discoteca o al cine. Nunca tuve miedo, porque la sociedad era mucho más segura que la de hoy. En 1968 hubo una revolución de los estudiantes en las calles de París. Todas las universidades y las escuelas se pararon. El asunto fue tan trascendente que el presidente terminó convocando a elecciones anticipadas. El lema de la protesta era "Libertad, Independencia". Esto contagió a toda la sociedad francesa, incluso a mis padres.

EL LADO RELIGIOSO

Pero mi familia también tenía su lado religioso. Mi padre oraba en la mañana, en la tarde y en la noche; y el recibimiento del sábado era algo importante. El viernes en la noche se me exigía que estuviera en casa para recibir el sábado, y lo hacíamos con todos los rituales judíos. Pero había un problema, y era que no teníamos una sinagoga.

Vivíamos en una pequeña propiedad con tres departamentos. El primero fue ocupado por mi prima; el segundo, por mi familia; y el tercero, por un estudiante rabínico joven (que más tarde se convirtió en un importante rabino de Francia), su esposa y sus niños.

Éramos tres familias religiosas, así que los sábados solíamos adorar juntos. Los viernes en la noche, los sábados en la mañana y los días de fiesta judíos los pasábamos como en una sinagoga casera.

Un día, sin embargo, mi prima decidió emigrar a Israel. Así que, mi padre le preguntó a la dueña de la propiedad si podíamos utilizar el departamento que quedaría vacío como un lugar de oración. La dueña estuvo de acuerdo, así que mi padre lo organizó como una sinagoga real. Incluso tuvimos el privilegio de tener un arca con el rollo de la Torá. En mi mente joven, el lugar se convirtió en un lugar santo, porque estábamos usando la propiedad únicamente como lugar de oración. Para mí, Dios moraba en el arca donde estaba el rollo de la Torá.

UNA ORACIÓN URGENTE

Un día estaba jugando con mi hermano mayor y cerré fuertemente la puerta de nuestra casa. Esta puerta era especial porque a pesar de ser de madera, en el medio tenía un cristal decorado muy bonito y muy costoso. Cuando cerré la puerta, el cristal se hizo añicos por todo el suelo.

Me sentí muy mal, y temí la reacción de mi padre, pues tenía un temperamento fuerte. Me horrorizaba pensar lo que ocurriría cuando él llegara a casa esa noche y viera lo que yo había hecho.

Decidí ir a la sinagoga, aprovechando que nuestra familia tenía las llaves. Me acerqué al arca, ya que en mi mente Dios estaba allí. Me arrodillé y empecé a orar: "Señor, yo creo que existes, pero nunca he probado tu existencia. Ahora quiero que me muestres que realmente existes. Tú sabes lo que pasó en mi casa, sabes que mi padre se altera con facilidad; por favor, ayúdame para que cuando mi padre llegue a casa no se enfurezca al ver los cristales rotos".

Estaba seguro de que era una oración imposible de contestar. Así que, esperé hasta la noche a que llegara mi padre a casa.

(*Continuará*.)